

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

LA MADEJA MUNICIPAL



El Marqués de Cubas.—¡Qué demonio! Lo que no se puede desenredar... se corta.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XVI, por Cilla Lada.—Cuentos, por José Estremera.—Cosas, por Antonio Peña y Guñi.—El orfión de D. Antero, por Juan Pérez Zúñiga.—Humorísticas, por Federico Canalejas.—Al pie de la letra, por José Jackson Veyán.—Los ojos lánguidos, por Sinesio Delgado.—El centeno, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La madeja municipal.—Fotografía instantánea.—Anuncios, por Cilla.



Sinesio.—¿De qué va usted á escribir mañana?

Yo.—No lo sé.

Sinesio.—Es preciso imprimir novedad á las crónicas semanales.

Yo.—¿Novedad? ¡Pero, amigo mío, si llevo diez años escribiendo en esta misma sección, y ya he dicho todo cuanto tenía dentro!

Sinesio.—Ya lo sé; pero el lector exige que se le distraiga, y es preciso aguzar el ingenio.

Yo (*impacientándose*).—¿Cree usted que no le aguzo? ¿Cree usted que no constituye una verdadera preocupación para mí la tal crónica semanal del MADRID COMICO? Todos los viernes, al abrir los ojos por la mañana: acudé á mi imaginación esta idea horrible: «¡Hoy es día de crónica!» Y tomo el chocolate á disgusto, y todo lo veo negro, y repaño por cualquier cosa, y me sabe mal el tabaco. Después me siento ante la mesa, preparo las cuartillas, limpio la pluma, me rasco la frente y no sé cómo empezar, ni qué decir. «¡Dios mío!—exclamó por último.—¿Cómo me compondré yo para escribir algo nuevo?» Créame usted, amigo mío, que estoy desesperado.

Sinesio.—Pues no haberse comprometido.

Yo (*herido en mi dignidad*).—No esperaba merecer de usted esas frases, que envuelven una reconvección amarga.

Cilla (*interviniendo*).—Señores, por Dios, no incomodarse.

Sinesio.—¿Tiene algo de particular que el director de un periódico exija á sus redactores el fiel cumplimiento de sus deberes?

Yo.—Pero ¡Dios mío! ¿no hago todo lo que puedo? ¿No abandono los viernes el dulce calor de la cama para dedicarme á escribir la crónica? ¿No procuro darle amenidad? ¿No hago esfuerzos poderosos para no repetirme? Pero tiene usted que comprender que llevo muchos años dirigiéndome á los mismos lectores, y éstos se me saben ya de memoria. Y si yo escribiese sólo en el MADRID COMICO, anda con Dios; pero, por desgracia, tengo que hacer un artículo todos los días, y á veces más.

Sinesio.—¿Y quién le manda á usted trabajar con tanto exceso?

Yo.—¿Que quién me lo manda? ¡Y usted me lo pregunta! ¡Infame!

Cilla.—Señores, no regañar, que me duele la cabeza.

Yo (*con acento dramático*).—Me lo manda el estómago, que es nuestro tirano; me lo manda la familia y la religión y el castro. ¡Ah! El día que yo pudiera prescindir de mis antipáticos artículos, yo le aseguro á usted que no volvería á coger la pluma por nada de este mundo. Tendría un escribiente para que redactase mis cartas particulares y una estampilla para firmarlas.

Sinesio.—¿Tanto aborrece usted la pluma?

Yo (*con ademán trágico*).—¿Que si la aborrezco? ¡Abomino de ella! Harto sabe usted cuán ingrato es este oficio! ¡Escribir en broma constantemente!... (*inspirando*).—¡Ay! ¡Fingir la risa, hacer contorsiones de *clown*, dialocar las ideas, buscar frases incongruentes... y sentir que el corazón estúpido se amargura! Sí, Sinesio; yo sufro, sufro mucho. ¡Cuántas veces, mientras con mano febril lleno cuartillas y cuartillas, buscando la manera de alegrar al lector, he tenido que morder el mango de la pluma para desahogar el pecho! Yo uso corto el cabello, y todo me he arrancado mechones algunas veces con mis propias manos en un momento de desesperación. Los que me suponen siempre alegre se equivocan. En mi vida he vivido tragedias horribles... Oiga usted: hace pocas mañanas me hallaba yo escribiendo un artículo alegre, muy alegre, ¡ay de mí! Me lo había encargado un editor impuro, con la condición de que fuese gracioso, todo lo gracioso posible; yo, estrujando el ingenio, procuraba complacer al infame industrial, cuando de pronto entró en mi habitación un hombre: era el zapatero. —«¿Qué desea usted?» le dije. —«Vengo á traer estas botas», contestó con acento malhumorado. —«Me las probaré», añadió yo. —«Bueno», dijo él. Quitóme en silencio la zapatilla y fui á meterme la bota del pie derecho. ¡Vana pretensión! ¡La bota no entraba! Me estremecí... —«No sabe usted meterse la», murmuró el zapatero. Yo fingí no haber escuchado aquellas frases depresivas y continué haciendo esfuerzos poderosos. —«No entra», dije por último arrojando la bota. Entonces el zapatero se irguió terrible y amenazador; dirigióse á la bota, la estrechó contra su pecho, y lanzándome una mirada de profundo desdén, dijo: —«¡Ya se conoce que no está usted acostumbrado á usar botas!» Una gleada de sangre encendió mi cerebro, sentí que el corazón se agitaba furioso en su cárcel y me arrojé sobre el insolente para castigar tanta audacia; pero ya él había cogido la bota por la punta amenazándome con romperla en mi cráneo. Lo que sucedió después no lo he sabido nunca; sólo sé que á mí me llevaron á la cama presa de un accidente nervioso. Sobre la estera aparecía rígido y amoratado el cuerpo del zapatero... De estas tragedias tengo muchas en mi vida, y sin embargo, escribo con la sonrisa en los labios y la hiel ¡ay! en el corazón...

Y al decir esto me apoyo en Cilla, que me recibe en sus ebúrneos brazos. Después aplica á mis narices un frasco de sales. Sinesio lanza un grito y corre en busca de una manta para envolverme.

Yo quiero incorporarme...

Y no puedo.

Quiero gritar.

Y tampoco puedo.

¡Dios mío!

¡Me siento morir!

Y ¡naturalmente! en tal situación tengo que renunciar á escribir la crónica de la semana.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XVI

No es flojo el conflicto
ni corta la empresa,
después que doctores
de fama tan llena
han dado su voto
y expuesto su idea
en versos fluidos
mostrando el sistema
de hacer sus á veces
hermosas comedias;
no es flojo el conflicto
si corta la empresa
de darle á ustedes,
palabra muy acria,
de hacerles ver claro,
de hacer que comprendan
que no hay tal historia,
que haciendo comedias
no hay tales carneros
ni tales sistemas.
¿Sistema es acaso
sentarse á la mesa,
morder un palillo,
rascarse la oreja
y, en ristre la pluma,
mirar con fijeza
los agujeritos
de la salvadera?
¿Sistema se llama
tener una idea,
y á escape y deprisa
hacer la maleta,
salir disparado
para Camillejas,
y á ¡cabo! de cinco

semanas y media
volver con el libro
y darle á la empresa?
O, díganme ustedes:
¿se llama sistema
tener en su casa
doscientas comedias
que han sido aplaudidas
aun siendo francesas,
y un día, indignado,
coger una de ellas
y en nombre de aquellos
que nobles vertieran
su sangre en las calles,
de España en defensa,
en justa venganza
sin duelo verterla?
Ni un chiste se escape,
ni efecto se pierda;
ya está en castellano
¡y Dios que la entienda!
¿Acaso estas cosas
se llaman sistemas?
Entonces afirmo
que haciendo comedias,
lo mismo que haciendo
mil cosas diversas,
¡hay tantas personas?
¿Pues tantos sistemas!
A veces un título
me da la obra hecha,
y á veces sucede
que está la obra entera,
y aún no he sabido
qué título lleva.

Mi opinión, señores,
del todo sincera,
es que no hay ninguna
premisa ni regla
de hacer argumentos,
medir las escenas,
crear caracteres
y etcétera etcétera...
Pues yo siempre escribo
de veinte maneras,
sujeto á los nervios,
que dan dos mil vueltas,

sujeto al negocio,
sujeto á la empresa,
sujeto al bolsillo,
que al fin de las cuentas
se queda bien floco
cuando éstas aprician.
No es floja el conflicto,
no es corta la empresa;
mas digan ustedes
si haciendo comedias
hay tales carneros
ni tales sistemas.

CELSEO LUCIO.

CUENTO

Fuérrible, espantosa la epidemia
de aquel año en el pueblo,
tanto que no quedó ni un solo vivo
que no vertiera llanto por un muerto.
Reinaba por doquiera
la angustia, el desconcielo,
y todos caminaban cabizbajos,
tristes y macilentos.
Tan poca gente andaba por las calles;
reinaba tal silencio,
que los pasos de alguno que cruzaba
se oían desde lejos.
Doblando lentamente las campanas
poblaban el ambiente de lamentos,
formando con el llanto y los gemidos
tristísimo concierto.
Escuchóse una tarde de repente
sonar hacia la plaza del concejo
de unos destempladísimos clarines
los estidentes ecos
y el redoble de bombos y tambores,
que a maban tal estrépito
que llegaron á ahogar de las campanas
los suaves plañideros.
Aquella concurrencia era el anuncio
de un portentoso médico
hijo de cierta chamuscada bruja
y un famoso hechicero.
Un doctor que de química y botánica
habla sorprendido mil secretos,
y curando di-jaba tamañitos
á Avicena, á Esculapio y á Galeno.
Sabía todo el mando
que era inventor de un prodigioso unguento
con el cual conseguía en un instante
resucitar á un muerto.
El pensó que en el pueblo aquel, sin dnda,
había de ganar mucho dinero,
pues que miles de gentes llegarían
á pedir sus auxilios al momento...
Mas ¡ay! ¡llevóse el pobre bravo chasco!
pues cuando allí su habilidad supieron,
le hubieran muerto á palos y á pedradas,
á no escapar del pueblo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

COSAS

Voy á ser sumamente breve al comentar la filosofía, la geografía y la gramática del autor de *Los Amantes*, tanto más cuanto que es difícilísimo encender una cerilla en ese charco literario donde la galerna de las subilologías sopla como un huracán.
Dejo, pues, á un lado la impropiedad del nombre de «Indias» dado por el Almirante al continente occidental, lo de que América es más bello que Colombia, etc., etc.
En lo único que no ha errado el Sr. Bretón es en decir que Colón fué quien trajo las gallinas.
El autor de *Garín* ha debido hacer el siguiente razonamiento: existe el huevo de Colón; el huevo sale de la gallina; no es probable que Cristóbal trajese de América una sola gallina (la del huevo), sino cuatro ó cinco, y acompañadas quizá de un par de gallos; ergo Colón fué quien trajo las gallinas.
Conformes, y hasta de Bretón, con palabra de honor sacrosanta de no ocuparme más del ilustre poeta, músico y literato hasta que perpetre otro drama lírico.
Como el señor conde de Morphy asegura que el autor de *Garín* «ha llegado demasiado pronto», esperamos á que el egregio Mécenas del genio salmantino nos diga: ¡ahorá!, y hasta entonces habrá que callar.

* * *

De diversos olores, colores y sabores son las flores poéticas y literarias que el álbum del Círculo de Bellas Artes ha ofrecido á la memoria de Cristóbal Colón.

Voy á hacer un apartado *very select*, ó sea conspiciuosísimo, para que puedan ustedes extraer la esencia colombiana del álbum y nauiría en los pañuelos. ¡Cosa rica!

Agua de Colonia de D. Augusto Comas y Blanco:

«Las naciones deben basar la memoria de sus hijos ilustres con la práctica de la virtud y del trabajo.»

«Aprenda usted bien por el altar día lozran alcanzar un gobierno de provincia y les toca distribuir premios á los niños de Villamerina. Con eso y un Padre nuestro y un Avemaría, despañuelos.»

Aparen ustedes ahora los moqueros, que ahí va un extracto de *mil flores* de la fabrica Delgado López:

«Melisa Azzalará, mimbres y zarzas, pino y romeros, musgos de seda maris, azucenas, mirtos y arrapanaes, agrestes parras, zarzas cenitales, benjuí y reseda, rosas y nárdos, masis de clavellinas, pórfido y mármol, mil Cobbas y mi retratos (qué mala olor!), *Melisa, Siacus, Rayya, osiaca, kandelhas, Bab-Alacrabha, Bab-Assuda, Myles almunes, randa, Cobba Aljassaria* (qué cosa será ésta?), *Alfahá*, olas de azogue, topacio y perlas, alerde y cedro palacios, *batunes, columnas...*»

¿Hay ya bastante? ¿En qué idioma estará escrito eso? ¡Cielos! ¿Será en más aún?

Esto que viene ahora es de lo más profunda de lo más victor-huguesco y de lo más colombino que imaginarse pueda. ¡Su autor! D. Manuel G. Araco. ¡Leed!

«El hombre más grande de este mundo será el que nos diga la verdad de lo que pasa en el otro.»

Pues como no se encargue usted de la comisión, puede usted esperar scutado...

* * *

«Nuestro planeta era un astro eclipsado: el mar tenebroso proyectaba sombra impenetrable sobre la mitad de su disco.»

«Colón lo arrojó encendido á los espacios, y la tierra fué una estrella brotada de su genio.»

Lo que acaban ustedes de leer es original de D. Juan Zorrilla de San Martín, un grandísimo poeta uruguayo, autor de la epopeya uruguayana *Tabaré*, ante quien me quito el sombrero con respeto y devoción.

Pero, francamente, ¿qué hubiera ocurrido en Madrid si ustedes ó yo hubiésemos escrito que nuestro planeta era un astro eclipsado sobre la mitad de cuyo disco proyectaba el tenebroso mar sombra impenetrable; que Colón arrojó encendido á los espacios el astro, ó el mar, ó la mitad del disco—que eso sólo lo sabe Dios—y que el resultado del incendio fué convertirse la tierra en una estrella brotada del genio de Cristóbal?

Pues muy sencillo: que hubiéramos tenido que coger el tren expreso y no detenernos hasta el Uruguay.

¡Fugaciones de vista á que nos convida el Sr. Balsa de la Vega:

«Ved cómo se alzan todavía arrogantes en las orillas del Nilo las columnatas de Luxor y el templo de la Elefantina y las esfinges de Karnac.»

«Ved cómo en las orillas del Ganges se muestran erguidas las cilíndricas torres y los graníticos templos de Delhi...»

«Ved cómo las sales del mar Egeo tienen todavía de rojo los vestigios de cien templos y esculturas que el genio helénico produjo.»

«Ved cómo las oscuras aguas del Tiber reproducen temblorosas las grandiosas ruinas de la Roma de los Césares y de la República.»

«Ved cómo el Mármara acaricia con sus templadas brisas la cúpula de Santa Soía.»

«Ved cómo las abruptas montañas del país eúskaro, del astur y del gallego guardan en sus repliegues la pobre iglesia del milenario.»

«Ved cómo en las llanuras de ambas Castillas, en las del Languedoc, en las germanas, sajonas y normandas, en las melancólicas riberas del Rhin, el arte gótico nos habla de las ansias que de Dios tuvieron las generaciones de tres siglos.»

«Ved, en fin (¡gracias á Dios!), la obra artística de ayer del Renacimiento...»

¿Creerán ustedes que han terminado las vistas? Nada de eso.

«Y después que concluyáis el examen de esa obra del hombre, volved los ojos á la Naturaleza.»

Justamente, y *vayáis* después á la clínica del doctor Osio para que os haga la operación de la iridectomía.

Me ha dicho que el Sr. Balsa de la Vega es miope. Quiere sin duda el distinguido crítico que nos volvamos preébitas, á fuerza de ver el Nilo, el Ganges, el Egeo, el Tiber, el Mármara, las montañas eúskaras, astures y gallegas, las llanuras de ambas á dos Castillas, otrosí las languedocianas, germanas, sajonas y normandas, y el Renacimiento y la Naturaleza.

Quien desee hacer el viaje, que levante el dedo. Por mi parte lo emprendo con tal de que los americanos no verifiquen el que les propone en inglés el Sr. William E. Curtis.

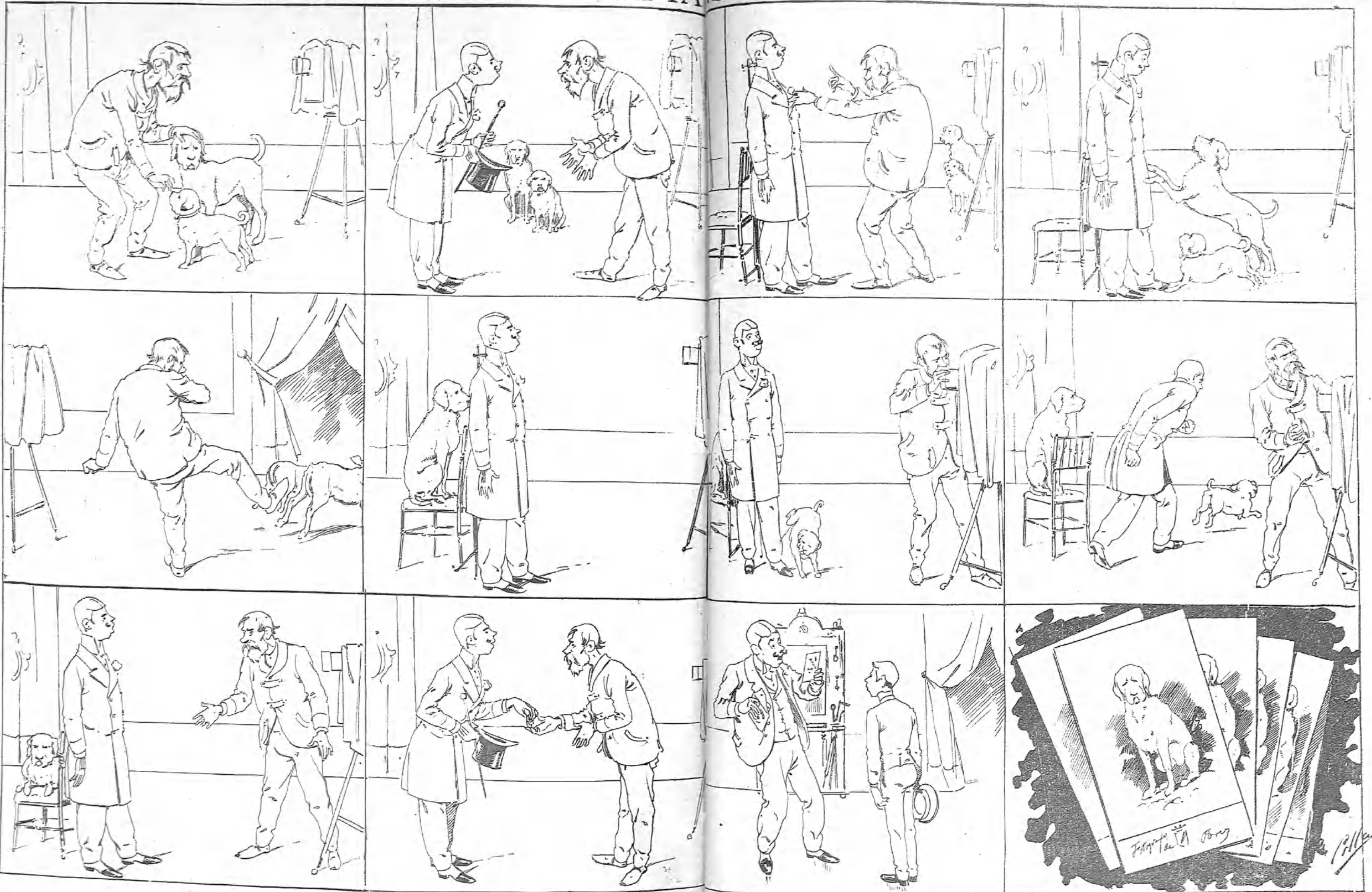
«Spain should be á Meca for all americans, as she is the Mother of America.»

Que quiere decir: «España podría ser una Meca para todos los americanos, como es la madre de América.»

¡No, por la Virgen Santísima! ¡Que no seamos la Meca de esos caballeros! Basta con el cólera morbo asiático que de vez en cuando nos visita.

Porque si con el bill Mac-Kinley y la falta de ley de propiedad intelectual nos dejan en cueros vivos los señores americanos, que

FOTOGRAFIA STANTĂNEA



ses para ellos América, como dijo muy bien Monroe, y no nos conviertan en Meca, ¡meca-chí!

El álbum del Círculo de Bellas Artes contiene, además de lo citado y de mucho más que omite, un bocetito literario de Rosales y un paralelo entre Rosales y Fortuny, escritos respectivamente por mis queridos amigos Fernandor y Jacinto Picón.

¿Quieren ustedes saber de una vez para siempre cuál fué la naturaleza artística del autor de *La muerte de Lucrecia*?

Pues en cuanto lean ustedes lo que dicen de él los citados críticos, conocerán ustedes á Rosales como si lo hubieran dado á luz. Y si no, oigan ustedes:

Fernandor.—«Pintaba Rosales como concebía: en grande, sin nimios detalles, dejando al dibujo su intención, al color su frescura y al pensamiento su espontaneidad.»

Picón.—«Poseía las condiciones que el hombre de talento puede adquirir mediante el trabajo.»

Fernandor.—«La manera de pintar castiza y grandiosa de Rosales era la expresión adecuada de su potencia y de su genio.»

Picón.—«Rosales representa el triunfo del trabajo, la sensatez, la cordura sobre la cantidad de facultades innatas.»

Fernandor.—«Sus cuadros, ásperos y enérgicos, que parecen pintados á brochazos, llevan dentro de cada pincelada un pensamiento.»

Picón.—«El pintor como Fortuny nace; el pintor como Rosales se forma.»

Conque ya saben ustedes quién fué Rosales, por lo cual aprovecho la coyuntura para tapar el frasco del agua coimbina y pasar á otros asuntos.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

EL ORFEÓN DE DON ANTERO

Desde que aquí vinieron los orfeones

á amenizar las fiestas con sus canciones, don Antero, el vecino que tengo al lado, á organizar un coro se ha dedicado.

Llamó un día al sereno y á la portera

(que se canta de bajo como cualquiera)

y á su primo Tadeo (tenor segundo)

y á un hermano de leche (bajo profundo)

y al barbero y á un joven de Zalamea

que en las reuniones cursis *baritones*,

y les dijo:—Señores, es necesario

que un orfeón formemos extraordinario.

—¿Grñirán los vecinos? (dijo Tadeo).

—Que se quejen al nuncio del mosconeo

(respondió el sinvergüenza de mi vecino).

En fin, que hoy cantan ellos mientras yo trino.

Por las noches estudian entusiasmados

en el patio de casa los condenados,

alrededor de un pozo que hay en el centro.

(¿Permita Dios que alguno se caiga dentro!)

El barbero da un gallo, Tadeo grita,

el hermano de leche se desgañita,

se sube un tono el chico de Zalamea,

desafina el sereno (costumbre fea),

la portera se pierde (porque es muy bruta).

don Antero la pega con la batuta,

y es la casa, en resumen, un gallinero, gracias á la ocurrencia de don Antero, de aquel posaa que estaba siempre encerrado con su mujer en casa malhumorado, y merced á su coro permite ahora respirar á sus anchas á la señora.

«Hay que ver al casero! (dijimos todos).

Es preciso quejarnos con buenos modos; porque no hay quien trabaje siempre que ensayan

y al escuchar el coro los gatos mayan, se despiertan los niños,

dan malos ratos, con el ruido se rompen

todos los platos, y no hay Dios que soporte,

la algarabía, sobre todo escuchando

La Casería, obra que exige gritos,

canciones largas, oraciones, cohetes

y hasta descargas.»

Dicho y hecho; cansado de aquella gente,

fuíme á ver al casero, que vive enfrente,

y le dije: «Rodríguez, es necesario

que usted libre de solfas al vecindario.»

Y el casero me dijo: «Pues no hay tu tía;

seguirá don Antero con su manfa.»

Me quedé haciendo cruces y sorprendido,

Mas lo comprendo todo, pues he sabido

que, mientras al ensayo va don Antero,

su señora se entiende con el casero.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

HUMORADITAS

Mi catedrático y tú sois parecidos, María; ¡me habéis dado calabazas catorce veces seguidas!

Cantan en la caramañá los prjarillos saludando á las auras y al sol naciente, y es que son muy atentos los pobrecillos y que están educados perfectamente.

Te quiero, te idolatro y pago tu pasión con tal exceso que, si me das un beso, voy enseguida y te devuelvo cuatro.

¿Que siempre te he querido tiernamente, cual lo prueban las cartas que te he escrito? Pues... celebró infinito que te haya dado gusto mi escribiente.

Quiere la bella Leonor, que es una viuda preciosa, para calmar su dolor, ser esposa del señor... don Bruno Sáinz Espinosa.

¿Que yo no te conozco? No lo digas, que han sido mis amantes tus amigas.

¿Que no has amado nunca? ¡Qué inocente! Tu ignorancia, Juanita, no te asuste. Yo te lo explicaré prácticamente. ¿Que luego puede ser que no te guste? Eso á mí... me sería indiferente.

FEDERIC CANALEJAS.

AL PIE DE LA LETRA

Carta de un telegrafista al director general, cuyo texto original, que me puse á la vista, traslado suero y cabal.

«Ilustrísimo señor: Un oficial inferior de la clase de primeros, que están *de los cuartos* por anteriores desahucos,

noticioso de que u-ía trabajando noche y día alivia nuestro tormento con el nuevo reglamento que la justicia pedía,

pone en *continua corriente* los *ánbros* de su *estación*, y empuñando diligente el *marido* con-igüente, da *signos de admiración*.

Signos de asombro especial que la inquieta mano agrupa, y admiración natural: ¡un director que se ocupa de este humide personal!

Y que extiende sus favores á las clases inferiores y divide las escalas para que extiendan sus alas en horizontes mejores.

¿Un director decidido que, de su cargo investido, alma y vida al Cuerpo da?... ¡Desde don Cándido acá no hubo caso parecido!

«Rara avis!... ¡Noble virtud!» exclama la multitud, ¡y por los hilos de hierro vuelan, rompiendo su encierro, corrientes de gratitud!

El himno de mi esperanza alegre á los aires lanza armonías infinitas. ¡He tenido tan poquitas ocasiones de alabanza!

Con reformas incompletas y con leyes indiscretas, lejos del amor de Dios, llevo justos *peñidos años con dos mit petas!*

Todos como yo han sufrido: si usía á tiempo no viene, hubiéramos pe ecido, porque *nuestro Cuerpo* tiene el estómago perdido.

Contra *la anemia* mortal, si un director general no mejora el alimento, vendrá el *reb undecimiento de la espina vertebral*.

Si *recetarnos* siquiera nos tuvo la suerte liera, mas del peligro saldremos. ¡Hoy, gracias á Dios, tenemos *médico de cabecera!*

Con su asistencia formal pondrá término al dolor, y el director general será nuestro salvador telegráfico-postal.

Mi entusiasmo y mi alegría hago públicos aquí, y dicho lo que quería, ¡salud, y Dios guarde á usía para que me guarde á mí!

Por la copia,
JOSÉ JACKSON VEYAN.

LOS OJOS LÁNGUIDOS

Aún conservo el recuerdo que me atormenta. Aquella linda rubia, sin darse cuenta, me despertaba el ansia de los sentidos con sus ojos azules medio dormidos. Soñaba yo que había lachas del alma bajo aquella apariencia de dulce calma,

y por ver el enigma de lo soñado la asedié, más curioso que enamorado. Pero mi amor fingido no la hizo mella; parecía tan pura la rubia aquella que la pobre inocente no comprendía la mitad de las cosas que yo decía.

Mas como en estas cosas
dudar es bueno
y es tonto el que se fia
del mar sereno.
quise llegar cuanto antes
á lo más hondo
para ver qué misterios
guardaba el fondo.
Y al fin me quise macho
cándidamente,
sin mancha de impureza
ni afán ardiente,
contestando á mis locos
planes... flegidos
con sus hermosos ojos
medio dormidos.
Entonces vi del sueño
recto el encanto
con un amor de niña
tranquilo y santo,

porque no era un embuste
su dulce calma;
¡fu mismo que los ojos
te nía el alma!
Y yo, ¡pues! aburrido
de hallar dulzuras
donde busqué la fiebre
de las locuras,
quise tomar, matando
sus esperanzas,
tras de mentidos celos
raínes venganzas.
Cuando emprendí la fuga
muy satisfecho,
su corazón acaso
la hería el pecho,
y ella ahogaba el embate
de sus latidos
mirándome con ojos
medio dormidos...

SINESIO DELGADO.

EL CENCERRO

I
Todo en calma dormía;
sólo la blanca aurora
sus doradas gnedejas sacudía,
y esto quiere decir que aquella hora
la del alba sería.
La luz jugueteaba en el ramaje,
y allá á lo lejos sobre el pardo monte
recortaba la marcha del paisaje
el soberbio telón del horizonte...
Yo me hallaba en acecho,
con alguna ilusión dentro del pecho,
aguardando la cita de una moza
que dormía en la choza
edificada al borde del barbecho.
Y en la viña cercana,
entre las cepas vigilando astuto,
me quitaba la gana
con el dorado fruto.

una gancha de albillo
que entre los blancos dientes sostenía;
me pareció el asunto más sencillo;
ella instó; la hice caso,
cogí la gancha, y le dejé de paso
un bocadito muy suave en un carrillo.

III
De pronto me dejé petrificado
con su ¡talán! ¡talán! desesperado
el ruido de un cencerro
que en el cerro de al lado
parecía sonar. Miré hacia el cerro,
y al verme cohibido
dijo la moza. —Tonto, es mi marido
que va al ganado.

—Ganado, dueño amado.
—Buena, pues al ganado,
á ponerle el cencerro á la bórrica.
—¿Y no te asustas?

—Yo, ¿de qué?
—Pues, chica...
(la pegué otro bocadito).

IV
Luego pasó aquel hombre á nues-
tro lado, y aunque ya se volvía
sin el cencerro del talán fuwesto,
yo no sé por qué extraña anomalía
¡me pareció que lo llevaba pnesto!

ANTONIO MONTEALBÁN.

CHISMES Y CUENTOS

Eso del monopolio de las cerillas está para arreglarse y no se arregla nunca.

El gobierno se empeña en sacar dinero también por ese lado; el sindicato de fabricantes unas veces encuentra quien le dé dinero para la fianza y otras veces no lo encuentra...

Verán ustedes cómo todo esto para en una cosa:
En qué tenemos que echar mano de la yesca.

Conocí un crítico de esos
con pretensiones de sabios
que decía de un monólogo
que estaba mal dialogado.

—¿Cómo tan pronto calvo,
don Aniceto?
—Es que aún no he concluido
de echar el pelo.

PEDRO ESTAÑONI.

Leo:
«Parece que, no siendo de temer contagios de enfermedades epidémicas por la frontera francesa, cesarán de un día á otro las inspecciones establecidas.»

«De un día á otro! Es decir que todavía queda el rabo por desollar. Aquí somos tardíos, pero ciertos. Establecamos la inspección tres meses después de aparecer el cólera, pero luego no la suprimimos ni á tres tirones.»

Pero ¡Dios, mío! pensando se conoce la memoria del Sr. Dato? Porque se dijo que era cosa de ocho días, y nos vamos á hacer viejos todos sin saber á qué carta quedarnos.

El Sr. Bosch y Fasteguerae inclusive.

Vaya, gracias á Dios, vamos á adquirir setenta mil fusiles nuevos y cinco mil carabinas.

Todo lo cual necesitábamos para vivir tranquilos.

Porque ¡ya ve usted! como Alemania y Rusia están siempre aumentando sus armamentos...

Con tu lógica que aplasta
aseguras, Nicanor,
que media palabra basta
para el buen entendedor.
Mas no debes serlo tú,
ó yo no sé á qué atenerme,
porque ayer te llamé bu...
y no lograste entenderme.

VALENTÍN MOURO.

Libros:

Luisa Parquet, comedia en tres actos de Durantin y Dumas, traducida al castellano por D. Pedro Bofill y estrenada con grandes y merecidos aplausos en el Teatro de la Princesa.

La cacería, zarzuela cómica en un acto y en verso, original de los Sres. Perrin y Palacios, música del maestro Jiménez, estrenada recientemente con gran éxito en el Teatro Esclava.

La casa editorial que dirige D. Manuel Fernández y Lasanta acaba de publicar el primer tomo de la Biblioteca selecta anglo-alemana, eligiendo la obra del gran humorista inglés Tomás Carlyle *Los Héroes*.

Dos insignes escritores presentan este primer tomo: Emilio Castelar en un prólogo hermosísimo hace un rápido estudio del escritor inglés, y Leopoldo Alas ha escrito una introducción digna de su pluma y de sus sólidos conocimientos de la literatura extranjera.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. S. L.—Sí que es un pensamiento, pero que no tiene novedad de ninguna clase.

Sr. D. M. P.—Estoy conforme con el principio, pero no lo estoy con el final. Escribir mal y ganar pesetas escribiendo es cosa que sucede, pero no con tanta frecuencia como usted supone.

Mariano.—Ese adiós á Anita está destinado á ella exclusivamente, por lo que se desprende del texto.

Cal Z.—Nada de particular en las seis líneas.

Colonia.—La voy á publicar íntegra, para que no se diga que me cierro á la banda:

«Ir á pie á Madrid en penitencia
diéronle al penitente Juan Camón;
y á lo que estaba á mitad de su camino...
dijo: ¡ay! éste sí que es el camino de perdición!»

¿Y luego dicen que está para desaparecer la poesía lírica!
Charli-parla.—¡Ay! ¡cuánto siento no poder aprovechar ni siquiera uno!
Retruécano.—Triste... muy triste y con poquísima sustancia.

Sr. D. J. H.—Verá usted el principio:

«A ese pueblo culto
donde vi la luz primera
donde mi corazón anhela
pasar la pascua contento.»

¿Le parece á usted que eso tiene arreglo posible?

Sr. D. E. T. Hammersmith.—Se recibió la letra y se hizo efectivo el importe.

El nuezain.—Sí se recibió, pero no nos pareció publicable, y como no se puede contestar á todos...

Sius.—Se me figura
que son vulgares
los epigramas
y los cantares.

El comita Pétia.—Insisto en que las oficinas del Sr. Fiscowich están en la calle de Pozas, 2, segundo. Si no contestan, yo no tengo la culpa.

El licenciado Lápis.—Quieren ser picarescos y son inocentes como ellos solos. Lo cual no tiene nada de particular á la edad de usted, ¿qué demonio!

Raciz.—No sé yo si será muy malo efectivamente el traidor á que usted alude, pero dado que sea peor que el soneto.

El Marquésito.—Tampoco los cantares esos ganarán la gloria eterna.
Sr. D. J. G.—La decima, sobre cursi, es bastante mediana.

El Ratón.—Pero ¡cómo lo voy á publicar, si no se puede bucuamente! *Artemisa*.—Eso ya es el acabóse. Poquitas cosas más malas se habrán escrito en este mundo.

Sr. D. T. M.—Madrid.—Mal hecho no está; lo que hay es que el género está muy pasado de moda.

Salvajio.—Ni ya estamos celebrando con júbilo el Centenario, ni aun que le celebráramos sería cosa de endilgar un soneto más al genovés insignificante.

Sr. D. A. P.—No está mal; pero es seria completamente y... no encaja.
Sr. D. A. M. C.—No está bien desarrollado el asunto.

MADRID. 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERRANDEZ, impresor de la Real Casa.

Libermad. 16 duplicado, bajo.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO



FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA

Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS

por J. LÓPEZ SILVA

Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

por SINESIO DELGADO,

dibujos de CILLA.

Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

Album de cincuenta cartulinas,

encuadrado en tela.

Precio: 25 pesetas.

TITIBIMUNDI

por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.

Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

por J. PÉREZ ZÚÑIGA, dibujos de CILLA,

MASCARAS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.



El catarro más indiano
y que más haga toser
se cura con cognac fino
de Moguer.

Sobrinos de Guinza, Carretas, 27.



—Si esta rana cría pelo
mi caso, dije á mi Petre.
Le echó en quina Palomar,
y al mes tenía melena.

Perfumería y droguería,
Fuencarral, 24.



Dos camisas de Martínez
compró hace días Quirós,
y ambas le gustaron tanto...
¡que lleva puestas las dos!

San Sebastián, 2.



—¿Qué gordo estás, Zacarías!
¡tienes cien kilos de lomo!

—Es porque hace un mes que
como [como]
y almuerzo en Las Tullerías.

Matute, 6.



Si quieres ser dichoso como ninguno,
di todas las mañanas cuando despiertes:
«Para camas baratas, buenas y fuertes...
Plaza de la Cebada, número uno.»



Cayó ayer un peñasco
sobre el sombrero á Reguera.
No se le rompió porque era,
de M. García Carrasco.

Carretas, 26.



Cogí una bola de hierro
y la partí con los dientes...
¡unos dientes superiores
que me puso Tirso Pérez!

Mayor, 73.



Con un traje de Pesquera
entré en la gloria muy hueco,
y Dios me pidió el chaleco
cuando supo de quién era.

Magdalena, 20.



—Bebe sin miedo, Escolástica,
brindando por nuestro amor;
que el año del Madrid Cómic
limpia, fija y da esplendor.

Vicente Lóbez.—Zaragoza